Josefina

"Comparto mi experiencia para que otras personas no pasen por lo que yo he vivido, que se enteren que hay personas que las pueden ayudar; y que si están sanas, se cuiden y tomen sus precauciones. Lo más importante es no perder la fe y la esperanza".

DISPUESTA A GANAR DOS O TRES ROUNDS

Como fui la hija mayor, desde muy joven me hice responsable de mi casa. Mi padre era alcohólico y mi madre una mujer que pasó la mayor parte de su vida enferma. En una casa donde todos los días había golpes, carencias e insultos, lo único que pensaba era cómo escapar. Nunca fui a la escuela, sólo me dediqué a trabajar y llevar dinero a mi casa para ayudarle a mi mamá.

A veces, cuando mi padre llegaba tomado y le pegaba a mi mamá, yo me metía. Sentía que así los golpes se repartían entre las dos. Eso enojaba más a mi padre y nos echaba a la calle en medio de la noche. Entonces pensaba en irme, en casarme. Jamás imaginé que al hacerlo pasaría a la antesala de mi enfermedad.

De adolescente conocí a un muchacho con el que empecé a salir. Parecía un buen chico; y lo más importante, nunca lo vi tomar. En mi ignorancia, creía que si un hombre le daba un beso a una mujer ésta quedaba deshonrada. Él sabía cómo pensaba y me besó. Me sentí violada. Entonces me dijo: "Te tienes que casar conmigo, si no, le voy a decir a tu papá que eres una mala mujer". Me casé a los 17 años.

Creí que habían quedado atrás el maltrato físico y la vida con un alcohólico. No teníamos dinero, pero pensaba que juntos saldríamos adelante. Nada más lejos de la realidad. Mi esposo también era alcohólico. "Tú crees que me iba a poner a tomar donde tú me vieras, ¡claro que no!, todo este tiempo yo me la he parrandeado". A esa situación se le sumó el maltrato físico de parte de su madre y su abuela. Había pasado del maltrato de mi padre al de mi suegra y su madre. Yo no podía salir de mi casa, mientras que él seguía como soltero.

Comenzaron a llegar los hijos. En total tuve diez, muchos de ellos producto de violaciones cometidas por mi marido. Mi primera hija nació sin ninguna complicación, pero el segundo sufrió una parálisis a los tres meses de nacido. Me regresé con mi mamá y al tiempo él se fue a vivir ahí. Nada cambió, excepto que su madre y su abuela ya no me pegaban.



70 años
Mexicana
Colaboradora de la
Organización Irapuato Vive, AC

A esas alturas yo tenía que trabajar, porque él perdió su trabajo y yo tenía que hacerme cargo de mis hijos, de mis hermanos y mi mamá. Después de un tiempo le dieron un crédito del Infonavit[1] y nos cambiamos de casa. Ahora ya no me sacaba a la calle en la madrugada, pero me corría de la casa.

Trabajé de todo: vendiendo Fuller[2], ropa, cuadros de migajón, lo que fuera para traer dinero a mi casa, solventar los gastos y alimentar a mis hijos, incluso pagar la hipoteca. Sólo Dios sabe cómo pude hacerlo.

Mis hijos estaban creciendo y querían seguir estudiando. Me suplicaban que les diera la oportunidad de ser profesionistas. Buscamos becas, tocamos puertas, pero todas se nos cerraban. Entre más te humillas, más te cierran las puertas. En silencio me prometí nunca más… no sé cómo, pero mis hijos estudiarán.

Me sentía en un hoyo, donde cada día me hundía más y nadie escuchaba mis gritos de auxilio. Sólo quería que alguien me diera la mano y me jalara a la superficie para respirar.

MI CAUSA ERA GRANDE

Por ese tiempo llegó a la ciudad una amiga de Estados Unidos y se enteró de mi situación. En cuanto la vi me propuso viajar a Estados Unidos, migrar. Allá tendría casa y trabajo. Las amigas de aquí reunirían el dinero para mi pasaje. No tuve que pensar mucho y a los 38 años migré a Los Ángeles. A mis hijos los dejé al cuidado de mi mamá.

La promesa parecía ser la mano que tanto había esperado. Llegaría a Tijuana y mi amiga y su esposo irían por mí. Tendría trabajo, pues les cuidaría a una de sus nietas, pero también me ayudarían a conseguir otro trabajo. Mi situación mejoraría.

El cruce no fue sencillo. Primero, a la persona de confianza que me iba a pasar la detuvieron y quedé en manos de un desconocido. Tuve la opción de regresar a Irapuato, pero seguí porque era mucha mi desesperación. Sentía que todo iba a estar bien, que Dios me ayudaría porque mi causa era muy grande.

"Si muero en el desierto o en el cerro, lo hago por mis hijos, para brindarles la oportunidad de superarse, de realizarse, de no condenarlos a una vida como la mía".

En el cruce me caí en un pantano, pero una buena persona me ayudó a salir. Cuando estábamos a punto de llegar, nos topamos con una pandilla y el *coyote* nos dijo que nos pusiéramos en parejas y que actuáramos como si estuviéramos drogados; si no, nos asaltarían y a las mujeres nos llevarían. Éramos como quince personas.

Al llegar a Los Ángeles, mi amiga me ayudó a conseguir trabajo. Luego de quince días entré a trabajar a una fábrica, pero no me convenía porque sólo me alcanzaba para cubrir mis gastos. Comen-

[1] Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores.
[2] Fuller Cosmetics. Empresa de venta de cosméticos por catálogo, establecida en México desde 1967.

cé a irme de jardinera, a cuidar niños, a limpiar casas, a donde fuera para ganar dinero y enviar a mi casa. Tenía dos trabajos: uno para pagar mis gastos y otro para mandar dinero.

Entonces llegó la noticia que temí por mucho tiempo. Mi mamá estaba grave, y sin pensarlo regresé a verla. Logré que se estabilizara y volví a Los Ángeles porque aún tenía muchos pendientes con mis hijos. A los pocos días me avisaron que mi mamá había muerto. Me vi en el dilema de regresar y sepultarla o seguir trabajando para mis hijos. Decidí quedarme y enviar ayuda económica para que la enterraran. No la pude llorar, mi patrona me decía: "Mire, si quiere llorar escóndase, no quiero que espante a las niñas".

Al poco tiempo me avisaron que uno de mis hijos había fallecido. Tampoco estuve en su sepelio. Caí en una profunda depresión, por muchos días me quedé tirada en mi cuarto llorando sin consuelo, pero tenía resignación y la satisfacción de que en vida, a los dos les di todo lo que pude.

Después de estar en muchos trabajos, encontré uno donde no pagaría renta ni comida, me prestaban un seguro médico, y me regalaban ropa. Eso me permitiría tener más dinero. Había encontrado el trabajo ideal para mis necesidades: cuidar enfermos.

Sin más orientación sobre cómo cuidarlos, lo hice sólo con sentido común. No soy enfermera pero aprendí con la práctica. Cada ocho días sus familiares me llevaban despensa, me daban los medicamentos necesarios pero nunca me dijeron nada sobre su enfermedad. Me limité a atenderlos, a limpiar sus camas y bañarlos, a darles sus medicinas, cambiarles el suero o sus pañales. Algunos se me murieron. Los veía muy delgados, pero nunca supe por qué ni de qué fallecieron. Todo ese tiempo tuve contacto con sangre, ahora sé que toreé a la muerte.

Los días transcurrían entre la soledad y la necesidad. Había días que no salía de la casa, me sentía presa. Mi consuelo era ver los aviones y sentir que era libre, que si estaba ahí, era porque tenía un compromiso con mis hijos, que esto no era eterno y que apenas mis hijos se recibieran, yo iba a regresar a México y pondría un negocio para vender jugos y pasteles. La realidad fue otra.

El trabajo me permitía ahorrar más, pero había otra lucha: la discriminación. Constantemente escuchaba: "Una ahorrando su dinero con tanto sacrificio, para que otras indias vengan a quitárnoslo". Me daba mucho coraje con mi marido y pensaba que era su culpa; si hubiese sido responsable, yo no andaría aquí. Pero luego recapacitaba: No, Josefina, qué bueno que fue así, porque gracias a eso tienes la oportunidad de ofrecerles otra opción a tus hijos. El precio fue alto.

Entonces comencé a ahorrar para comprarles un lote a cada uno de mis hijos y construirles una casita. No era momento para regresar. Luego de un tiempo logré comprarles su lotecito y mis hijos por fin fueron profesionistas. Pero yo me descuidé.

EL DIAGNÓSTICO NO ES MÍO

Cuando empecé a sentirme mal, fui a hacerme unos estudios y me detectaron cáncer en la matriz. El doctor fue claro, era urgente operarme. Tenía que regresar a México, ya habían pasado seis años sin ver a mis hijos, no conocía a mis yernos, a mis nueras ni a mis nietos.

Regresé muy mal y anduve de hospital en hospital haciéndome estudios; en todos me decían: "Sí, claro que la operamos". Días antes de programar mi operación, el doctor habló con mi hija a solas. Le dijo "su mamá necesita otros análisis porque hay un problema más grave que el cáncer". El médico le confirmó que yo tenía VIH y que no me podría operar, pues él correría un riesgo mayor. Cuando mi hija regresó de la cita, me abrazó, me besó y se desmayó, no me dijo qué tenía.

Desesperada acudió con mi hermana, pues supuso que ella le ayudaría a darme la noticia. Pero no fue así. Ella le dijo a mi otra hermana, y mi otra hermana a su marido… Mi intimidad se volvió pública, la única parte de mi vida que yo hubiera preferido llevarme a la tumba, era pública.

Entonces mi hija planeó una reunión con toda mi familia, mis hijas, mis hijos, mis hermanas y hermanos, todos. Me sentí en el banquillo de los acusados. Aquello era un silencio sepulcral. Mi hija comenzó a leerme la Biblia, la vida de Job y me dijo: "Tú eres como Job, por eso te pusieron Josefina; tuviste una vida difícil, pero sé que todo lo superarás y saldrás adelante. El doctor nos dio los resultados de tus estudios: tienes VIH".

La noticia me cayó como un yunque, nadie está preparado para escuchar ese diagnóstico. ¿Cómo voy a tener Sida si todo ese tiempo me dediqué a trabajar?, no tuve novios ni amantes. Ese diagnóstico no era mío, el doctor tenía que estar equivocado. Ahora creo que el médico actuó mal. Faltó a su ética profesional al no decirme directamente. Quizá me hubiera desmayado, pataleado, llorado, pero yo sola.

Nunca supe cómo me contagié, supongo que fue cuando cuidaba a mis enfermos, jugué todo el tiempo con la muerte. Nadie me dijo si alguno tenía Sida o si había riesgos.

QUE NO SE LE ACERQUEN

"No mamá, usted tiene Sida, yo no soy nadie para criticarla, sólo usted sabe". Nadie habló, sólo me miraron. Entonces pensé que ellos creían que por eso les había comprado su lote y les hice su casa, para limpiar mis culpas. Seguí un tiempo en casa de mi hija pero las cosas no fueron igual, así que me mudé. Todo cambió. Mi familia me hizo a un lado, como si hubiera muerto.

"Vas a recoger su ropa –que no se junte con la de ustedes–, apartarle los cubiertos, no puede usar el mismo baño, vas a trapear con cloro, que no se le acerquen, deben tener mucho cuidado si no quieren contagiarse".

Recomendación del médico que le detectó el VIH

Pero seguía con mi pendiente del cáncer. Cada vez era peor, acceder a los medicamentos para el VIH y el tratamiento para el cáncer fue muy difícil. En una ocasión una doctora me dijo que con cáncer y Sida, yo ya no tenía remedio. Ese día salí llorando desconsolada del consultorio, pero ahí conocí a otra doctora, que ha sido un ángel.

En su consultorio le expliqué la situación. Le comenté la sentencia de la otra médica y me dijo: "Mira Josefina, vas a salir por este pasillo y te vas a encontrar muchos monstruos, pero no les hagas caso porque el de arriba me dice que vas a salir adelante. Y te tengo otra sorpresa, vamos a empezar por operarte el cáncer sin dejar tu tratamiento contra el VIH". Y así lo hicimos.

"Me he topado con tantas doctoras y doctores que me han humillado, discriminado, que me gustaría que incluyeran una clase de humanidad en sus carreras de medicina para que sean sensibles ante enfermedades difíciles".

Me sentía como un esqueleto que traía a la muerte atrás. Me seguía culpando, merecía esta enfermedad por ambiciosa, porque ambicioné una mejor vida para mis hijos y mi mamá.

Después me crucé con la organización Irapuato Vive, AC[3] y me ayudaron a superar la depresión, a levantar mi autoestima. Aquí me siento segura, libre, amo este lugar; simplemente es mi salvación. Hoy colaboro activamente en las capacitaciones y eso me hace sentir viva.

Vivir con VIH no es sencillo; una parece buzo, de repente das unas bajadas horribles, tu autoestima es la más golpeada, todos te señalan, te discriminan, te miran condenándote, pierdes a tu familia, a tus amistades.

"Yo vivo con un reto: sé que tengo un virus hospedado en mi cuerpo, sé que me va a ganar la batalla, pero llevo nueve años retándolo y estoy dispuesta a ganarle dos o tres rounds más".

Comparto mi experiencia para que otras personas no pasen por lo que yo he vivido, que se enteren que hay personas que las pueden ayudar; y que si están sanas, se cuiden y tomen sus precauciones. Lo más importante es no perder la fe, la esperanza, pero sobre todo que se informen.

[3] Véase Directorio de Organizaciones.

TEMAS PENDIENTES

. Asegurar cobertura universal y gratuita del tratamiento antirretroviral para mujeres y hombres

. Desarrollar programas de apoyo para mujeres migrantes que viven con VIH/Sida

. Cumplir con la Norma Oficial Mexicana para la Prevención y Control del VIH/Sida

. Implementar programas de difusión sobre prevención del VIH/Sida y salud sexual y reproductiva en comunidades de origen

. Cumplir con los Objetivos de Desarrollo del Milenio, en particular sus objetivos 3 y 6, sobre igualdad de género[4] y combate al VIH/Sida[5]

. Visibilizar la violencia contra las mujeres como factor de riesgo para adquirir el VIH

. Garantizar el acceso a servicios de prevención, atención, tratamiento y apoyo relacionados con el VIH de las personas migrantes, por parte de los países de origen, tránsito y destino

. Disminuir el estigma y la discriminación contra la población migrante que vive con VIH

[4] http://www.un.org/spanish/millenniumgoals/gender.shtml
[5] http://www.un.org/spanish/millenniumgoals/aids.shtml

RECOMENDACIONES

PRÁCTICAS DE LA OIT SOBRE EL VIH/SIDA Y EL MUNDO DEL TRABAJO[6]

Formación para los trabajadores que entran en contacto con la sangre humana y otros líquidos corporales

Todos los trabajadores deberían recibir formación sobre los métodos de lucha contra la infección cuando ocurre un accidente en el lugar de trabajo y se prestan los primeros auxilios. El programa debería impartir formación sobre:

. Las precauciones universales para reducir el riesgo de contacto con la sangre humana y otros líquidos corporales
. El uso del equipo de protección

Factores que aumentan el riesgo de infección para ciertas categorías de trabajadores

. Trabajo que exige movilidad […]
. Trabajo que implica riesgos profesionales como contactos con sangre humana, productos sanguíneos y otros líquidos corporales, heridas provocadas por objetos punzantes y el contacto con sangre infectada cuando no se aplican las precauciones universales y/o el material es inadecuado

La variable del género

. El VIH/Sida no afecta del mismo modo a las mujeres y a los hombres en términos de vulnerabilidad e impacto […]
. La pobreza acentúa claramente la vulnerabilidad al Sida, y las mujeres son mayoría entre los pobres del mundo
. En las crisis de pobreza es más probable que quienes dejen de asistir a la escuela sean las niñas, y que se las venda como siervas o para trabajar como prostitutas
. Las mujeres representan una proporción importante de los migrantes dentro de los países y –contando a sus hijos –más de tres cuartos de los refugiados, quienes corren un riesgo de contraer el VIH superior al promedio […]
. Las mujeres y las jóvenes suelen ser quienes se encargan del cuidado de los familiares y terceros, infectados por el VIH, por lo que trabajan más y menguan sus posibilidades de obtener ingresos o de ir a la escuela
. El Sida perturba más fácilmente el trabajo de la mujer, ya sea remunerado o gratuito: por ejemplo, las mujeres predominan en el sector informal, donde no hay seguridad social ni prestaciones de salud en el trabajo
. La seguridad social y las prestaciones médicas supeditadas a la relación laboral amparan a menos mujeres que hombres.

[6] http://www.cinu.org.mx/temas/vih_sida/onusidacampana2002/hiva4s.pdf